

AL CABO DEL TIEMPO

Gloria Soriano García

Mi madre era así de antigua. Se sentaba a mi lado a la puerta de casa cuando venía mi novio. Siempre vigilante. Que sus manos no rozaran ni el respaldo de la silla. Yo me atreví a bromear: no le hagas caso, que ella también estuvo ennoviada. Cuando él se fue me pegó tal guantazo que estuve tres días sin poder salir.

Después nos casamos y nos fuimos a vivir al centro de la ciudad. Habíamos alquilado en una corrala una habitación sin cocina. Allí nacieron y crecieron mis tres hijos, dos niños y una niña.

Mis hijos jugaban mucho en la placita del barrio y a veces regresaban con magulladuras. Nunca le pedí cuantas a nadie por esas heridas, ni quise escuchar las quejas de otras madres por los daños que sufrían sus chicos. Son muchachos, decía yo. Ya se arreglarán, no hay razón para que discutamos. Mi marido no se metía en estas cosas. Al salir de la fábrica, él se ocupaba de cantar y beber en Casa Paco. Yo, de preparar su comida del día siguiente, reforzarle el pantalón y regar las macetas de la galería que tanto alegraban con sus colores.

Todas las mujeres de la corrala guisábamos en la misma hornilla y algunas, con el caldo de la vecina, preparaban una sopa aguada. Mientras los garbanzos hervían, yo lavaba la ropa junto al pozo del patio sin quitar ojo al puchero. A pesar de ello, a veces desaparecía el trozo de gallina, o mermaban las raciones. Sí, esas cosas sucedían, pero no por maldad.

Cuando llegaba la noche, en la pila de restregar los monos de mi marido, me aseaba yo. Siempre iba a la cama con el pelo mojado. Todo me dolía.

Me llevaba bien con la comunidad, pero no era amiga de cotilleos. Coincidía mucho con una mujer de aspecto reservado a quien no me hubiera importado confiarle secretos. Un día, mientras hablaba con ella de mis males, se presentó la Guardia Civil y la llevaron presa. Así fue como me enteré de que el hombre que yo conocía no era su marido. El adulterio le costó cinco años de cárcel. Nosotros continuamos indisolubles en la misma habitación durante veinticinco.

Coincidiendo con la muerte del Caudillo, nos mudamos a un piso con baño y cocina donde se me pasaron todas las jaquecas. Para entonces, el hijo mayor trabajaba en un hotel de la costa, y la chica ya se había casado. Ahora teníamos teléfono. Mi esposo pagaba y puso las normas. Mis hijos y yo ni lo tocábamos. Así era él.

Diez años más tarde mi marido se sintió mal. Un especialista privado le hizo una radiografía y sin más explicaciones lo mandó para casa. El médico sabrá lo que vio. Estuvo toda la noche y la mañana yendo cada poco al baño. Al mediodía salió al balcón. Con los codos apoyados en la barandilla y la cabeza entre las manos, se entretenía mirando la calle. Me asomé a la terraza para llamarle, pues desde el salón no me oía. Cómo continuaba sin responderme le zarandeeé, y su cuerpo se venció hacia mi lado. Quise sujetarle, evitar que se golpeará la cabeza con el mueble de la esquina, y su peso muerto me dobló la muñeca. El dolor me duró casi un año.

Vivir sola no era nada aburrido. Con mis sesenta años y mi desparpajo, sin necesidad de ascensor, subía y bajaba las tres alturas que me separaban de la acera. Me convertí en una alumna aplicada de los talleres en la Casa Cultural, y una abuela juguetona con los nietos. Recorría gustosa las calles para verlos un rato.

Si de soltera nunca me faltaron pretendientes, de viuda tampoco. Algo tendrá el agua cuando la bendicen. Por supuesto que no me volví a casar y aunque ya eran otros tiempos, tampoco subí a ningún hombre a casa. Siempre lo digo, las mujeres tenemos más picardía, aunque tal vez esa no es la palabra.

Una mañana mis piernas me llevaron con dificultad hasta la panadería. A la vuelta se sintieron incapaces de trepar tantos peldaños, y echaron en falta el elevador que nunca tuve. Me negué a subir hasta la vivienda, pues si subía no volvería a bajar. El vecino del entresuelo me sacó una silla, y sentada a la entrada del portal, juré que no me movería salvo para ir a una residencia. No había salido de casa de mis padres para instalarme con noventa años en casa de mis hijos. Tuve suerte de que hubiera una plaza libre. Ingresé a tiempo para la comida. Mi hija se fue a recoger mis cosas y me las trajo en una maleta. También se encargó de vender en pocas semanas el piso.

Aquí he conocido a un hombre que me habla de sus millones en el banco. Quiere que nos vayamos juntos, que disfrutemos tres años, o lo que sea, que él todavía puede. Cuando le recuerdo que está casado, me propone esperar a que fallezca su mujer. Ella se aloja en la planta de asistidos, no puede moverse y apenas si se entera de las cosas. Él, cuando me mira, ve en mí a su primera novia. Está convencido de que soy de un pueblo

que no conozco. Unos minutos más tarde nos ha olvidado a las tres. Entonces escucho en el telediario que el gobierno se ha llenado de mujeres. Y eso me alegra.